



ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE DOCTORES

DISCURSO DE INGRESO PRONUNCIADO POR EL

ILMO. DR. D. ÁNGEL SÁNCHEZ-PALENCIA MARTÍ

EN EL ACTO DE INGRESO COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

EN MADRID, EL DÍA 20 DE NOVIEMBRE DE 2025

LA LECTURA CIENTÍFICA DE LA CIENCIA

Quiero en primer lugar expresar mi profunda y sincera gratitud al recibir el honor de ser investido académico de número de la Academia Hispanoamericana de Doctores y hacerlo en la persona de su Presidente, Dr. Óscar Yecid Aparicio. Igual gratitud hacia el Dr. Forment, a quien tributo una profunda admiración, que tuvo a bien proponer mi candidatura. Y a la Universidad Francisco de Vitoria, en la que he desarrollado mi labor investigadora y docente durante los últimos 26 años, expreso hoy mi renovada gratitud en la persona de la Vicerrectora de Profesorado y Modelo Formativo, Dra. María Lacalle.

En segundo lugar, bajo el título *La lectura científica de la ciencia*, quiero compartir con ustedes algunos hilos que forman la urdimbre de mi quehacer investigador y docente, que trata de seguir la senda iluminada por el magisterio de San Juan Pablo II y de Benedicto XVI, personalmente conocida y meditada en 1998 y 2007 respectivamente. En 1998 iniciaba mi carrera académica en la Universidad Francisco de Vitoria, cinco años después de su fundación. Ese año se publica la Carta Encíclica *Fides et Ratio* donde el Sumo Pontífice indica la capacidad del hombre de alcanzar una visión unitaria y orgánica del saber como “uno de los cometidos que el pensamiento cristiano deberá afrontar a lo largo del tercer milenio de la era cristiana” (*Fides et Ratio*, 85). Por su parte, en el magisterio de Benedicto



XVI, encontramos reiterada presencia de la noción de “ensanchar los horizontes de la racionalidad”, que desarrolla y profundiza la encomienda de su Santo predecesor en la Sede de Pedro.

En el tema y título escogido para este discurso de ingreso en la Academia Hispanoamericana de Doctores (*La lectura científica de la ciencia*), el sustantivo femenino *ciencia* refiere el significado que figura en el Diccionario de la lengua española: conocimiento estructurado a partir de la observación empírica del que se deducen principios y leyes comprobables experimentalmente y con capacidad predictiva; es decir, las ciencias exactas, físicas, químicas y naturales. Esta circunscripción significativa deja fuera las ciencias humanas que estudian la acción humana (libre y, por lo tanto, impredecible) considerada sectorialmente y la filosofía que es, por definición, metafísica.

Tal es, ciertamente, el sentido del término *hoy*, y resalto el adverbio de tiempo *hoy* porque no siempre fue así, y lo que es más importante y decisivo, *no es así*. Pero esta cuestión se plantea en un determinado contexto temporal que, dada nuestra conciencia histórica y social, conforma el espíritu de nuestro tiempo. Se trata del “*se piensa que*”, que en verdad es un no pensamiento, lo que todo el mundo piensa, la opinión colectiva revestida de verosimilitud que considera extravagante, insensato y en cualquier caso erróneo cuestionar este acuerdo colectivo más o menos consciente: ¿cómo podría pensarse en serio de otra manera?

La génesis ideológica, entendiendo el adjetivo en su segunda acepción, perteneciente o relativo a las ideas, de la noción restringida de ciencia, es bien conocida; coincide con la historia de la Modernidad. Según la famosa imagen kantiana, el conocimiento científico se nos presenta como una isla de terreno bien medido y con cada cosa en su sitio, frente al océano ancho y borrascoso de la metafísica, que nos tienta con sus espejismos¹.

¹No solo hemos recorrido el territorio del entendimiento puro y examinado cuidadosamente cada parte del mismo, sino que, además, hemos comprobado su extensión y señalado la posición de cada cosa. Este territorio es una isla que ha sido encerrada por la misma naturaleza entre límites invariables. Es el territorio de la verdad



La metafísica quedó así desterrada de la cultura. Pero las cosas no son así, hay una realidad muy rica: la que experimentamos físicamente y la que no. Tanto una como otra son reales con independencia de que las pensemos y, precisamente porque son reales, son cognoscibles. En esta visión de la realidad, la metafísica es *scientia*, conocimiento cierto por causas; si bien, como todos ustedes saben, las causas últimas que inquiere la filosofía no pueden experimentarse empíricamente.

Por lo que respecta al adjetivo *científica* que califica el sustantivo *lectura* del título, la *scientia* de las causas últimas permite una lectura científica de la facticidad positiva y, por lo tanto, una lectura que interpreta la ciencia desde la ciencia; es decir, desde las exigencias propias de nuestra cultura occidental que, por ser griega, está fundamentada en la explicación causal de las cosas.

Desde el año 2013, he tenido la suerte de estudiar al amparo del magisterio del Dr. Jordana, catedrático de fisiología animal y zoología aplicada, Ordinario emérito de Zoología y fisiología comparada de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Navarra, la cuestión del origen del hombre. En nuestras investigaciones, comprobamos que la lectura que se hace de la facticidad paleoantropológica descrita en el registro fósil y en el registro arqueológico de industria lítica es una lectura naturalista, pretendidamente científica, resultado de convertir la ciencia en una metafísica.

—un nombre atractivo— y está rodeado por un océano ancho y borrascoso, verdadera patria de la ilusión, donde algunas nieblas y algunos hielos que se deshacen prontamente producen la apariencia de nuevas tierras y engañan una y otra vez con vanas esperanzas al navegante ansioso de descubrimientos, llevándolo a aventuras que nunca es capaz de abandonar, pero que tampoco puede concluir jamás. Antes de aventurarnos a ese mar para explorarlo en detalle y asegurarnos de que podemos esperar algo, será conveniente echar antes un vistazo al mapa del territorio que queremos abandonar e indagar primero si no podríamos acaso contentarnos con lo que contiene, o bien si no tendremos que hacerlo por no encontrar tierra en la que establecernos." (Crítica de la razón pura, 259: A235-236/B294-295)



La fabricación de utensilios más remota registrada data de aprox. 3.3 millones de años. Este hecho exige analizar con rigor la facticidad de conducta técnica. Es relativamente frecuente encontrar en la literatura científica cierta ambigüedad y confusión entre lo técnico y lo instrumental, razón por la cual es preciso preguntar y responder qué es una conducta técnica, cuáles son sus características esenciales y cuál el presupuesto antropológico implícito y necesario que explica cabalmente dicha conducta. Ciertamente, la conducta instrumental la encontramos en el mundo animal, pero difiere esencialmente de la conducta técnica que consiste en la fabricación de herramientas; es decir, en la transformación de una determinada materia, adecuada por sus propiedades, conforme a una idea ejemplar concebida en la mente, ordenada a un determinado fin.

Por tosca que pueda parecer la industria lítica, en sí misma, supone un conocimiento conceptual propio de la inteligencia humana, un comportamiento cualitativamente distinto del comportamiento animal. En efecto, la diferencia entre el hombre y el animal se muestra y cifra en la operación más genuina y singular del conocimiento humano: la abstracción del *concepto*, que es inmaterial, universal y abstracto, a partir del conocimiento sensible del objeto material, particular y concreto. Dicho conocimiento conceptual es un requisito imprescindible en la génesis y proceso de fabricación de todo artefacto.

Esta singularidad específica del hombre no solo denota un ser vivo más complejo, un vivo en el que la inteligencia emerge de la materia, según es preciso afirmar desde la pseudociencia convertida en metafísica materialista, sino que emana de un modo de ser propiamente humano que solemos nombrar con la noción de *naturaleza humana*. De este modo, al comprender desde la filosofía la facticidad de la industria lítica, se infiere que el más antiguo de nuestros antepasados conocidos, *Homo habilis*, posee un alma espiritual -forma de un cuerpo- y es, por lo tanto, un miembro de la especie humana; pues solo la metafísica nos proporciona una noción cabal de especie, cosa que, por paradójico que parezca, no lo hace la biología.



Este ejemplo muestra la imprescindible contribución que, en el conocimiento de la verdad, ofrece la filosofía como forma cabal de lectura científica de la facticidad científica positiva. Tal es, a lo que se me alcanza, el camino hacia una razón ampliada en el cometido del pensamiento cristiano en el tercer milenio.